

cional, de aquello que se escribió para impresionar en tal o cual sentido.

La vida del campo tiene en estas páginas una cautivadora simplicidad. Vemos la casa donde vive Laurita y asimismo la de su pretendiente Valentín. Se respira un aroma de égloga. Por los caminos va pasando la gente con esas inquietudes propias de la rústica vida que allí se lleva. Y aunque aquellos muchachos, que la señora María de Clarés nos presenta con un barniz de mayor cultura, tienen más afinamiento, conservan sin embargo esa atrayente sencillez de las almas sin complicaciones, ni esos morbosos resabios que deja en las almas la vida de las grandes ciudades.

La señora María de Clarés, nos muestra un retazo del campo chileno, y nos hace conocer la modalidad de sus habitantes. Nos introduce en el hogar de las viejas casonas que antaño fueron la raíz y la fuerza de nuestra nacionalidad, y en imágenes concretas y directas, no exentas de poesía, nos describe el cuadro familiar, con su gracia chilena, con su sabor nativo y con ese colorido en el cual se pueden reconocer muchas de las cualidades y defectos de nuestra raza. En suma, sin ánimo trascendental, la señora María de Clarés nos ofrece inesperadamente la primicia de una obra que revela condiciones efectivas de talento literario. Es una de esas novelas que nos dejan la sensación de haber salido por el campo y haber disfrutado en este paseo del aroma de los bosques, del canto de los pájaros y de la hospitalidad plena de acogedora simpatía que caracteriza a nuestra gente campesina.

<https://doi.org/10.29393/At238-50PHDI10050>

POEMAS DEL HOMBRE.

Washington Espejo, es un poeta que nos entrega sus canciones con voz pura y sin contemplaciones que el arte ultramoderno exige hoy día. Puede, acerca de este punto, hacérsele a este poeta toda clase de reparos, pero esto no le resta en nin-

gún caso un mérito positivo. Es el de su auténtica inspiración. Es un poeta que no desfigura su sentimiento y que tiene la honestidad de expresar sus inquietudes y el rumor armonioso de su música interna sin hacer cabriolas que lo pondrían en ridículo.

Por el contrario, Wáshington Espejo hace su obra con fervorosa ilusión. El amor, la belleza, las nobles emociones, que en el hombre son motivo para enaltecer sus ambiciones, brotan en sus versos claros, sencillos y limpios de todo contorsionismo. Y en ellos va la veta de oro de un pensamiento, de una intención o de una enseñanza que se proyecta como en un símbolo admirativo, hacia todo eso que nos toca el corazón muy adentro, en ese rincón de la intimidad que los hombres sinceros y sensibles no pueden dejar de lado, cuando la emoción pone su dulce temblor en el alma.